



MAR PETRYK

EXIMIDOS

 Planeta

MAR PETRYK

EXIMIDOS

ANNELIE

(INFANCIA)

Está sentado en el sofá de cuero marrón rasgado. Una botella de cerveza en su mano izquierda, cuatro tiradas sobre la pequeña mesa de centro donde apoya sus pies descalzos. La luz azulada del televisor ilumina su piel grisácea, haciendo que su barba luzca de un color extraño. Sus ojos verdes y vacíos están fijos en la pantalla, mientras los míos van del libro de matemáticas a él una y otra vez.

Intento concentrarme en las multiplicaciones y divisiones, pero es muy difícil con todos los gritos que salen del televisor. Gritos de una mujer, seguidos de la voz de un hombre. Me tapo los oídos e intento hacer los cálculos mentalmente, pero mi mente está ocupada con las imágenes de las personas desnudas que mira papá. No me gusta verlas, pero tengo que hacerlo cada vez que me pide otra cerveza.

—Annelie. —Mi madre me llama desde la cocina.

Cierro el libro, bajo de la silla y camino pasando por delante de mi padre lo más rápido que puedo.

—¿Qué pasa? —digo, acercándome a la mesa.

Sigue sacando pan del horno, creo que ni siquiera me escuchó. Su frente brilla por la transpiración, sus ojos marrones lucen cansados y su pelo castaño enmarañado. Está tan delgada que me da miedo que pueda quebrarse cuando se agacha para asegurarse de que no haya ni un solo papel en el piso.

—Mamá. —Tiro de su delantal y me mira.

—Dile a tu padre que ya está la cena. —Se limpia las manos con el delantal viejo—. Voy a subir a buscar a tus hermanos.

—¿No puedes avisarle tú a papá? —pregunto, con la esperanza de

no tener que pasar frente al televisor otra vez—. Yo voy a buscar a los chicos.

Se saca el delantal, lo dobla en cuatro partes y lo guarda con cuidado en un cajón.

—Ya sabes cómo son las cosas, cariño. —Su voz suena finita, como si le faltara el aire—. Ven. —Me tiende la mano, doy un paso al frente con la cabeza gacha—. Sabes que no le gusta el pelo suelto —dice, y comienza a juntar mi cabello para atarlo en una cola bien alta y tirante—. Si te lo vuelve a ver suelto, va a cortártelo como aquella Navidad. ¿Recuerdas?

¿Cómo olvidarlo? Mis compañeros se burlaron de mí durante todo el año diciéndome que parecía un varón. La maestra creyó que me lo había hecho yo y no dejó de recordarme que no debía jugar con tijeras, porque la próxima vez podría acabar lastimándome.

«Ya estoy lastimada, señorita Julia. Ya lo estoy».

—Ve.

Me da un empujoncito en la cola, y avanzo. Es tan difícil dar un paso y luego otro, siento un ladrillo atado a cada pie.

Vuelvo a la sala sin hacer ruido, intento no mirar la pantalla del televisor, me concentro en acercarme hasta su barbudo rostro.

—Señor —casi susurro. Mantengo la cabeza gacha, no le gusta que lo miremos directo a los ojos—, ya está la cena.

Los gritos extraños se apagan, la habitación queda casi a oscuras, solo iluminada por la luz de la luna que se cuela por la persiana rota.

—¿Qué mierda tienes puesto?

Aprieto mis pequeños puños y cierro los ojos con fuerza.

—Un pantalón, señor.

—¿Y por qué mierda tienes puesto un pantalón? —Se para, tambaleándose, y me siento un bicho bolita—. ¿Eres un niño? ¿Tengo cuatro hijos varones en lugar de tres?

—No, señor. —Siento cómo mi corazón palpita cada vez más cerca de mi garganta—. Soy una niña.

—Entonces, ¿por qué mierda estás vestida como tus hermanos?

Aprieto los dientes con tanta fuerza que comienzo a sentir cómo rechinan.

—Es la única ropa limpia que había, señor. El lavarropas se rompió.

Se agacha hasta que su rostro está cerca del mío. Siento su asqueroso aliento a alcohol y tabaco, mezclado con el sudor de sus axilas.

Mantengo la cabeza gacha, como siempre.

—Las niñas usan vestidos. Sube y ponte un puto vestido. Ahora.

—Sí, señor.

Quiero correr, pero camino, porque si corro dentro de la casa podría costarme un diente, y no sería por mis torpes piernas. Subo la escalera a paso lento, como si no pasara nada, como si el miedo no estuviera haciéndome cosquillas que no dan risa, solo frío.

Entro a la habitación que comparto con mis tres hermanos, los gemelos bajan sin que tenga que pedírselo dos veces, tienen hambre.

Busco en el canasto de la ropa sucia. Agarro el vestido que tiene menos manchas, uno azul con lunares blancos, y me lo pongo. Huele a humedad y a cigarro, pero es mejor que recibir una paliza.

Bajo. Todos los asientos están ocupados, menos uno.

—¿Dónde mierda está Elías? —pregunta mi padre por mi hermano mayor mientras destapa otra botella de cerveza.

—No ha vuelto a casa desde anoche, luego de que discutieran —responde mi madre sin mirarlo.

Todavía no tocamos la comida humeante que tenemos delante, nadie puede hacerlo hasta que mi padre acabe de comer, y aún no comenzó.

Mis tripas rugen, pero me concentro en mirar de reojo la expresión cabizbaja de Abel y Caín, mis dos hermanos pequeños. Son traviesos, están llenos de energía y tienen seis años. Una combinación explosiva cuando se tiene un padre como el nuestro.

—¡Tiene quince años! —Golpea la mesa con el puño, mis ojos se cierran por el susto—. A su edad, yo mantenía a mi familia. Es hora de que empiece a dejar de ser una carga —dice, mientras revuelve las pastas—. Volverá cuando haya conseguido un trabajo, esa es la condición.

Pienso cómo y dónde estará Elías. Lo extraño, no me siento tan sola cuando él está en casa.

La saliva me quema cada vez que la trago, me duele la garganta hace dos días, pero no digo nada. Si me enfermo, necesito remedios. Si necesito remedios, me convierto en una carga. Como Elías.

Cierra los ojos y murmura sus oraciones.

—Padre, agradezco los alimentos que pones en mi mesa... Amén.
Se lleva el primer bocado a la boca, y ruego que se termine el plato en minutos, como siempre, así puedo empezar a comer.

Todos estamos en silencio absoluto. Así le gusta, así tiene que ser. Pero el silencio es interrumpido por un estruendo ensordecedor que nos hace saltar.

El plato de papá está en el piso, roto en mil pedazos. La pasta se mezcló con los vidrios.

—No tiene sal —dice, y la tranquilidad en su voz me duele en el cuerpo. Sé lo que significa, sé lo que viene—. Mara —le dice a mi madre, que no levanta la vista de su plato—, ¿cuántas veces te dije que no te olvides de la puta sal?

—Muchas —responde ella casi en un susurro.

Abel y Caín se dan la mano por debajo del mantel, puedo verlos.

—Muchas, exacto. —Se levanta y comienza a sacarse el cinturón. Lleva puesto el de cuero y hebilla de plata, el que era del abuelo—. Pero parece que no entiendes...

Comienza a enroscar el cinturón en su mano mientras avanza hacia mi madre, que se para inmediatamente y se queda inmóvil como de costumbre.

—Mara.

Mi padre se coloca detrás de ella, mamá se baja el cierre del vestido, dejando su espalda al descubierto. Sus manos comienzan a temblar a los costados de su cuerpo.

No quiero verlo. No otra vez. No puedo. No.

—Señor —digo, levantándome, pero sin sacar la vista de mi plato lleno—, fue mi culpa. —Trago duro—. Olvidé echarle sal al agua antes de ponerla a hervir.

Ve la duda en su rostro.

—¿Eso es cierto? —Comienza a caminar hacia mí, hago todo lo posible por mantener las lágrimas dentro de mis ojos mientras mis dedos se aferran a mi vestido sucio.

—Tadeo, no...

—¿Es cierto? —repite, y siento su presencia detrás de mí.

—Sí, señor, es cierto —miento con naturalidad, no es la primera vez que lo hago. No es la primera vez que dejo descansar la espalda de mi madre o de mis hermanos.

—Al sótano. Ahora —ordena, sin un atisbo de emoción en su voz. Aprieto los puños hasta que las uñas se me clavan en las palmas y camino con la cabeza gacha.

Mamá suplica, pero una mirada de papá la silencia. Ya no tiene fuerzas para enfrentarse al monstruo.

Nadie dice nada. Nadie respira. Las moscas no vuelan en esta casa, saben que no les conviene.

Entro al sótano y bajo las escaleras.

La puerta se abre un rato después, sus pasos se acercan. Me concentro en el oso de peluche que está tirado en una esquina, justo al lado de una mancha de aceite. Le falta un ojo y tiene una oreja descolada. Está roto, como yo.

THEO

(ADOLESCENCIA)

Odio el tequila, pero siempre termino tomándolo. Odio la marihuana, pero siempre termino fumándola. Odio las putas fiestas, pero siempre termino organizándolas.

—¿Este tatuaje es nuevo? —pregunta Carla, o Carolina, no lo sé, mientras me acaricia el antebrazo.

No recuerdo quién es, ni cuántas cervezas tomé, solo sé que es dos años mayor que yo, trae pastillas y pasó por las sábanas de tres de mis compañeros de curso. Eso es suficiente para que la haya invitado a mi casa.

—Es nuevo —grito por encima de la música que sale del costoso equipo de mi padre—. ¿Tienes alguno? —Rodeo su cintura y la acerco a mí. Su cuerpo se inclina, dándome un perfecto vistazo de sus tetas.

—Tengo, pero no donde puedas verlos. Al menos no aquí, con toda esta gente. —Sonríe seductoramente. Voy a llevarla a mi cuarto en cuanto termine esta botella—. ¿Cómo logras que te los hagan? Eres menor de edad. ¿No necesitas autorización de tus padres?

Sonríó y deslizo la palma de mi mano por su pierna desnuda.

—Te sorprendería saber lo que se puede conseguir con dinero. —Le guiño un ojo y palmeo su muslo para que se levante—. ¿Vamos? —Señalo la escalera con la cabeza.

La música se apaga, los abucheos no tardan en irrumpir el silencio.

—¡Eh, Colorado! ¿Qué mierda pasó con la música? —Frunzo el ceño, sin entender por qué todos están como si hubieran visto un puto fantasma—. ¿Qué pasa?

—Theo Blas, ¿qué significa esto?! —La voz de mi padre suena a mi espalda—. ¡Todos fuera de mi casa!

La gente comienza a salir con desesperación, corriendo por encima de los muebles para no tener problemas con mi padre, el director del instituto privado al que asiste la mitad de los imbéciles que estaban aquí hasta hace menos de un minuto.

—Theo, ¿qué haces con esto? —Bárbara, la esposa de mi padre, me arrebató la botella de tequila de las manos, y sus uñas postizas me arañan la piel.

—¡Te llamo, Carla! —le digo a la rubia que está saliendo por el jardín.

—Soy Carolina.

—Claro, Carolina. ¡Lo dejamos para la próxima, muñeca!

—¡Theo! —La voz chillona e irritante de Bárbara me hace cerrar los ojos sin querer.

—¿Qué hacen aquí? —Me dejo caer en el sofá blanco y apoyo los pies en la carísima mesa de vidrio que Bárbara tanto adora—. Se suponía que llegaban mañana.

—Baja los pies de ahí —dice, y me mira como si estuviese a punto de desmayarse por mi «inaceptable comportamiento».

Sonríó, no los bajo.

—Theo, baja los pies —insiste mi padre, pero no pienso darle el gusto. Ni a él, ni al trofeo que tiene como esposa.

—Nos vamos un día por un viaje de negocios, ¡y conviertes mi casa en un antro! —dice, acomodándose el vestido negro y el falso cabello rubio. Comienza a caminar mientras levanta vasos y botellas del piso. El ruido de sus estúpidos zapatos altos me saca de quicio.

—Esto no es un antro, es apenas una reunión inofensiva...

—Theo, no te pases de vivo —advierte mi padre, agarrándose el puente de la nariz.

—¿O qué? —Me levanto y busco las llaves del que, muy pronto, será mi auto—. ¿Vas a obligarme a hacer terapia con el doctor Ramírez otra vez?

—Sabes que lo necesitabas, no estabas llevándolo bien. Todavía no lo haces...

Todo el odio que cultivé a lo largo de mi vida se impregna en mi risa.

—Perdón, mil disculpas... —Levanto almohadones y los tiro hacia

cualquier lado, sin poder encontrar las malditas llaves—. Tienes razón. Ver morir a mi madre y a mi hermano, por tu puta culpa, no es algo tan difícil de superar.

—Theo...

—¡Ya no puedo con esto, Salvador! —Su mujer de plástico grita desde la cocina, se acercan sus pasos furiosos—. ¡Drogas! ¡Drogas en mi casa! —Entra al *living*, sosteniendo una bolsita con hierba—. Esto es demasiado, me está bajando la presión.

Mi padre se acerca a ella como si estuviera a punto de morir.

Niego con la cabeza, admirando su actuación, y sigo buscando la llave. Quiero poner los pies fuera de este puto lugar. Ya.

—¿Por qué no puedes ser como tu hermano? Estudioso, ordenado, cariñoso —dice la Barbie bronceada, con orgullo en su voz de loro.

—Porque no es mi hermano, es *tu* hijo.

—¡Theo! —Mi padre se acerca y me toma del brazo. Lo miro, ni siquiera me está apretando. Jamás me pondría un dedo encima, se siente demasiado culpable como para seguir lastimándose—. Te dije que odio que hables así de Tobías, él es tu hermano.

—Es *tu* hijo con esa mujer de ahí. —La señalo—. Mi hermano era Felipe. ¿Lo recuerdas o ya lo olvidaste como a mamá?

—Theo, basta. Es suficiente. Tienes... —Sus ojos se posan en mi antebrazo—. ¿Eso es un tatuaje? ¡¿Te hiciste otro tatuaje?!

—¿Dónde están las llaves del auto? —pregunto, zafándome de su agarre.

—¡Tienes quince años! —vocifera mi padre—. Y ya tienes un brazo completamente tatuado sin mi consentimiento.

—Por favor, ¡parece un criminal! —La voz repugnante de Bárbara llega a mis oídos—. ¿Qué deben pensar los vecinos? —Se lleva las manos al pecho, como si estuviese a punto de sufrir un ataque. Ojalá, así dejaría de escucharla—. ¿Dónde va a trabajar? Así no puede trabajar en la empresa...

Mi risa desquiciada rompe el suspiro que dejó su voz.

—¿Quién dijo que quiero trabajar en tu asquerosa empresa?

—Salvador, por favor. —Mira a mi padre con su expresión de doncella en apuros. Seguramente es la misma que hizo que se fuera corriendo a sus sábanas, aun estando con mi madre—. No puedes permitir que me hable así.

—Theo, a tu habitación.

Mis ojos se clavan en su mirada gris. ¿Me está jodiendo? No me manda a mi habitación desde que tengo ocho años.

—No te preocupes, también quiero irme de aquí. Dame las llaves y todos felices.

—No tienes edad para conducir, lo sabes.

—No tengo edad para muchas cosas... ¿Y eso qué?

—Basta, Theo. —Se desploma sobre el sofá, viendo cómo su mujer sale al jardín y junta las botellas, enfurecida—. Es agotador, esto es agotador. ¿En qué momento pasó? —Niega con la cabeza, la mirada fija en la alfombra de pelo largo—. ¿En qué momento nos volvimos enemigos?

—¿Tienes tiempo? Te lo explico con gusto...

—Tengo todo el tiempo del mundo, Theo. Siempre tendré tiempo para...

—¡Salvador! ¡Hay ropa interior en la piscina! ¡¿Podrías ayudarme a limpiar este desastre?!

—Parece que no tienes tanto tiempo.

—Hijo... —Se levanta, pasándose ambas manos por el rostro.

Desvío la mirada, me repulsa.

—Dame las putas llaves y terminemos con esto.

—No puedes manejar.

—Sabes que sé hacerlo, no voy a chocar el auto.

—No dije que no sabes, dije que no puedes. —Pone una mano en mi hombro, pero me muevo, reacio.

—Vamos a hacerlo simple. —Lo miro directo a los ojos, esos que compartimos, conteniendo las ganas de escupirle la cara—. O me das las llaves, o le cuento a tu amada esposa sobre Verónica, tu secretaria.

Sus ojos se abren tanto que parece una caricatura de los 90. Su boca busca qué decir.

—¿Qué estás insinuando?

—¿Insinuando? —Levanto una ceja—. No estoy insinuando nada, los vi en tu oficina. Parece que nunca aprendiste a cerrar bien la puerta... ¿Quieres los detalles?

—No sé de qué estás hablando —susurra, mirando por encima de mi hombro hacia el jardín.

—Llaves. —Extiendo la mano.

—Theo, no...

—Llaves.

Mete la mano en el bolsillo de su traje y saca el juego de llaves del Mercedes, lo pone en mi mano.

—Buen chico. —Palmeo su hombro y doy media vuelta.

—Theo Blas, ¿esto no va a quedar así!

—¡Claro que no! Pienso sacarle más jugo a tu secretito.

Sonrí y cierro la puerta.

La noche cae cálida, escucho el sonido de las olas romperse. Las risas y la música se escuchan cercanas, seguramente hay fiesta en la playa.

Busco en el bolsillo de mi chaqueta el paquete de cigarros, saco uno y lo enciendo. Doy una pitada tras otra hasta que la punta está roja, como la sangre en el rostro de mi madre, en el pecho de mi hermano.

El celular vibra en el bolsillo de mi pantalón, lo saco de camino al auto.

—¿Qué hay? —Abro la puerta y me siento.

—Picada en media hora. ¿Te sumas? —Está eufórico—. Martín preparó su auto, pero la gente apuesta por ti. ¡Lo que hiciste el sábado pasado fue una locura!

—¿Cuánto hay? —Enciendo el motor y doy marcha atrás.

—Treinta mil y una bolsita de coca.

—Hecho.

—Calienta el motor, hermano.

Corto, apago el teléfono y lo tiro en la guantera.

Esta noche voy a hacer lo que mejor se me da: pisar el acelerador, fumarme unos cuantos porros y revolcarme con la primera mujer que cruce por el camino.

Solo quiero apagarme. Olvidar sus rostros. Desconectar.